

El consenso y el Rey

Ignacio Camacho

ABC, Domingo 27 de diciembre de 2009, España

El papel neutro y arbitral del Rey está de por sí muy delimitado en la Constitución, pero su función mediadora se estrecha en la medida en que el enfrentamiento político le achica el campo de la imparcialidad y reduce su voz a una prédica en el desierto de la discordia. En circunstancias como las presentes, dominadas por un desencuentro absoluto sobre los asuntos primordiales del Estado, la Corona poco puede hacer más que llamar al consenso y la armonía de intereses, y aun así cada año sus palabras navideñas en tal sentido suelen ser interpretadas por los contendientes de la política como una reconvencción al adversario y una ratificación de sus propias razones. El sectarismo achaca la falta de acuerdo a la actitud intransigente del rival, cómoda posición autocomplaciente que impide dar cualquier paso de acercamiento. Situado en los términos estrictamente genéricos a los que le ciñe el marco normativo, el discurso real recibe el aplauso interesado de unos y otros porque cada cual lo utiliza desde sus prejuicios, lo que no es sino una manera de desoírlo. Y el consenso sigue ausente, convertido en un vago desiderátum propio de las tan bondadosas como vacías intenciones de la Nochebuena.

Este año el aplauso socialista a las palabras del Monarca ha sido tan entusiasta que incluso ha despertado sospechas de intervencionismo gubernamental en el guión del discurso, que contenía en efecto conceptos gratos a la retórica zapateril en boga. Nada anormal hay en ello porque tanto el Gobierno como el Rey representan al Estado -en Inglaterra es la Reina la que lee cada año en Westminster el programa del ejecutivo- y es lógico que se muestren en sintonía de criterios. Si la Corona le zurrase un varapalo al poder estaríamos ante una crisis institucional grave. Pero resulta deshonesto que los protagonistas del debate político se arroguen la razón del mensaje real a conveniencia de parte porque con ello retuercen en beneficio propio la neutralidad imprescindible de la Monarquía. La llamada al entendimiento de las grandes fuerzas políticas y sociales, que suscriben sin duda la mayoría de los españoles, interpela a todos los que la desoyen y no es a Don Juan Carlos a quien corresponde señalar responsabilidades.

La ausencia de zonas de encuentro en la escena política constituye desde hace tiempo una de las grandes preocupaciones de la Corona, cuyo titular entiende inquieto que la tensión creciente y la absoluta desavenencia de los partidos no sólo impide la resolución correcta de grandes problemas públicos sino que reduce su propio margen de arbitraje. Por eso, en medio de ese páramo de disputas banderizas y rupturas insensatas, la voz del Rey se empeña al menos en recordar que la nación tiene objetivos pendientes más allá de la pasión por gobernarla.

Ignacio Camacho, periodista